

**Fabia Linde**  
Azorín

[Home/Portal](#)

Fabia Linde nació un mes de enero, de madrugada, poco antes de señalarse el alba en el horizonte. El parto de la madre fue terrible, angustioso; lastimada, sanguinolenta, retorcida, nació la niña. Nevaba copiosamente, sin parar, desde hacía seis horas. Las calles del pueblo tenían medio metro de nieve; todo estaba en silencio; la luz de la ventana –en el cuarto de la parturienta- ponían en la blancura vaga, fosca, de la calle, un débil resplandor dorado. La madre de Fabia murió a las ocho de la mañana. El médico, cuatro días después, fenecía también de una congestión pulmonar, cogida la noche del parto. Fabia Linde estaba tan débil, tan maltrecha – parecía un piltrafa amarillenta-, que nadie creyó que viviera. Mandaron ya a una cajería próxima a ver un ataudito para la criatura. Las asistencias de la madre lloraban, y se enjuagaban de cuando en cuando -¡ay, Señor!- los ojos con la punta de los pañuelos. La madre, silenciosa, desvanecida, allá en el fondo de la alcoba, pajiza la cara, blanca la cara, entre lo blanco de las almohadas y de las sábanas, dejaba escapar, de tarde en tarde, un hondo gemido.

Y la niña, en brazos de una vecina, estaba en un rincón. Los ojitos los tenía cerrados; las manecitas, cerradas, parecían dos pelotoncitos de nieve. A cada momento, la vecina, suavemente, con el índice y el pulgar, poniendo mucho cuidado en la operación, le abría los ojos a la niña. No, no se había muerto aún; todavía respiraba. La criatura, con los ojos abiertos, se revolvía un poco; sus puños subían y bajaban. No se había muerto aún; le quedaba todavía un soplo de vida. De la cajería habían vuelto, y el mensajero había dicho unas palabras al oído de la vecina que tenía a la niña.

Fabia Linde fue creciendo. El padre murió a los dos meses. Se halló la niña sola en el mundo; estaba al cuidado de unos parientes muy lejanos. Fue creciendo la niña. Su cuerpo era débil, fragilísimo; continuamente se veía la muchacha aquejada de males, de angustias. Sus días transcurrían en el dolor. Cuatro o seis veces estuvo a punto de morir. Y en las anchas, negras ojeras, como un carbunco brillador en la sombra, brillaban, fingían, esplendían, magníficos, sus anchos ojos negros. Y a los ojos, al brillar maravilloso de los ojos, acompañaba el encanto de una voz dulce, insinuante, melodiosa. Fabia Linde era toda ojos y voz; mirándola de pasada, un momento, su figura, su cara, sus manos, su talle eran insignificantes. Poco a poco una observación continuada y atenta iba descubriendo en la niña –tenía ya quince años- un hechizo que no se sabía en que consistir. La fisonomía iba adquiriendo, a lo largo de este mirar atento, un expresión que no tenían las demás mujeres. Sí; los ojos eran magníficos; la voz era dulce, melodiosa; pero había, además en Fabia algo que no se acertaba a expresar. ¿Era el silencio que su presencia inspiraba, un silencio inspirado en el respeto y por la admiración? ¿Era la manera particular de moverse, de andar, de coger un objeto? ¿Era la sonrisa, una sonrisa en que había bondad, ironía, burla, ligera? La salud de la niña era precaria; a veces, muchas veces, en su sonrisa había una profunda tristeza. Andaba Fabia retraída, silenciosa, apartada de todas las muchachas de la vecindad. Cuando venían a buscarla, la anciana en cuya casa vivía se ponía en el hueco de la escalera, la llamaba gritando y esperaba un poco. La casa era de labradores pobres; habitaban todo el edificio estos

labriegos. Transcurría un momento; en la camarilla de arriba se oían unos leves pasos, y a seguida, en la escalera, allá arriba, surgía como un fantasma, con los ojos brillantes en las anchas ojeras, la piel de la cara morena, ambarina; las manos cruzadas sobre el pecho – las largas y puntiagudas manos blancas–, aparecía Fabia, y rígida, erguida, iba en silencio, pausadamente, como una princesa misteriosa, descendiendo uno a uno, los tramos de la escalera.

Y un día Fabia desapareció del pueblo; tenía entonces la muchacha veinte años.

Una tarde, al cabo de una cincuentena de años, bajó del expreso de Madrid, en la estación del pueblecito, una anciana vestida de negro. No quiso subir al autobús que llevaba a los viajeros a la ciudad; había allí un coche desvencijado que hacía el servicio de una posada. La anciana montó en ese vehículo.

-¿Adónde?- preguntó el cochero.

-A Nebreda –respondió la viajera.

-Quiero decir que dónde va la señora a parar –repuso el conductor.

- Ve primero al pueblo; después ya te diré.

El pueblo distaba de la estación diez minutos. El carricoche se puso en marcha.

Cuando llegaron a las primeras casas, el conductor volvió a interrogar a la anciana.

-Vamos –le dijo esta- a la plazuela de Herreros.

Y allá se encaminaron. Entraron en la plazoleta al fondo se veía el magnífico palacio del duque de Ubierna. Estaba cerrado hacía mucho tiempo; el duque, arruinado, la había puesto en venta.

-Mira, allí- dijo la anciana, señalando al palacio.

-¿Allí? –Preguntó extrañado el cochero-. ¡Es el palacio del señor duque de Ubierna!

-Pues allí, pues allí –repetía sonriendo la anciana.

-¡Si está cerrado, señora! ¡No vive nadie en él! -exclamó el cochero.

-¡Pues allí! ¡Pues allí! –repetía la anciana.

El carricoche se detuvo en la puerta. Descendió la anciana y se puso de pie en el umbral. De pie sobre el alto escalón, silenciosas, enlutada, erguida, parecía la misma figura fantástica, misteriosa, que descendía, hacía cincuenta años, uno a uno, los escalones de la casita de los labriegos. Y, tras una breve pausa, la anciana hizo golpear el llamador sobre la puerta. Resonó dentro, en la casa vacía el ruido del aldabonazo. El conductor del coche miraba esta escena asombrado. La dama miró a él en silencio, y sacó una llave del bolsillo. Con esa llave abrió la puerta del palacio. Y poquito a poco, seguida del cochero, fue penetrando por el zaguán.

Fabia Linde vive en el viejo palacio del duque de Ubierna; un mes antes de llegar a la ciudad, un agente había comprado, por cuenta de la dama, el palacio y las heredades –extensísimas, magníficas– que el duque poseía en Nebreda. Ya el asombro del pueblo, al conocer la noticia, se ha ido disipando. Al asombro ha sucedido el respeto, el profundo, terrible respeto que en los pueblos inspira el dinero. ¿Cuántos millones tiene Fabia Linde? Nadie lo sabe. Nadie sabe de dónde viene ni qué es lo que ha hecho en los cincuenta años de ausencia. No la conocían los mozos de ahora; apenas si algún viejo se acuerda de aquella niña pálida, débil, de tez morena y anchos ojos.

Débil lo es ahora Fabia tanto como antes. Por el ancho palacio caminaba despacito, tática, apoyada en un bastón de ébano. Todos los días cree que va a morir; a todas horas injiere estas o las otras drogas extrañas que le traen de Madrid. Todos la contemplan en silencio cuando por acaso sale a la calle, y se apartan respetuosos a su paso. La tez de Fabia está ahora tan lívida, tan pálida como antaño. Camina la anciana por los largos pasillos del palacio, y de cuando en cuando se detiene; le falta la respiración, titubea, respira jadeante; sus manos –una tiene cogido el bastoncito- se posan en el pecho. Sí, sí; se siente muy mala Fabia Linde. Como esta vez no se ha sentido nunca. En la sala, la sientan en su sillón; la han traído en volandas desde el corredor; en la cama no quiere estar. Está ella mejor aquí en este ancho sillón. Y junto a la anciana, de pie, un poco inclinado, observándola atento, se halla el médico, que ha llegado hace un momento. Se muere, se muere sin remisión la débil Fabia; eso, entre gemidos, afirma ella; el doctor, con una sonrisa levísima, casi imperceptible, la cara vuelta hacia la servidumbre, un poco distanciada, mueve la cabeza, negando, de un lado a otro. Sí, sí; la anciana se siente muy mal. De este trance no sale ella, la pobre; el doctor sonreía, sonreía...

Seis días después, la anciana caminaba, pasito a paso, por el huerto. Desde el huerto se divisa, allá lejos, la torre de una iglesia. De la torre de la iglesia llegaban lentas, pausadas, sonoras, plañideras, fúnebres, las campanadas de un entierro. Había muerto el doctor.

Si miráramos desde la casa de enfrente, desde la ventanita de un desván, sin que nos vean, lo que pasa en la sala principal del palacio de Ubierna, contemplaríamos un espectáculo interesante. Fabia Linde se ha apoyado de pronto en una consola; ha dado un grito; suponemos que ha gritado; a esta distancia no hemos podido percibir el lamento. Ha acudido la servidumbre; rodean a la anciana; le traen corriendo una taza de un cordial; ella la aparta con un ademán delicado; han ido corriendo a llamar a un doctor. La anciana, esta vez, se ha dejado llevar, en vilo, con suavidad, hasta la ancha cama de la alcoba. El médico ha llegado ya; se inclina ante la cara de la anciana; tiene cogida una de las manos de Fabia. Fabia respiraba débilmente; sus ojos están cerrados. Después de un largo silencio, la anciana dice:

-Doctor, doctor, me muero, me muero. ¿No es verdad, doctor, que me muero?

Y el doctor sonríe imperceptiblemente, con la mano de Fabia en una mano y el reloj en la otra.

Ocho días después, la anciana va caminando lenta, despaciosa, por la ancha sala. La calle está en silencio. En la casa reina el silencio. De pronto ha oído allá abajo, en el zaguán, una gran voz –voz de muñidor de la Cofradía del Cristo del Arroyo- que ha dicho:

-¡Esta tarde, a la seis, el entierro del doctor Mendoza!

El doctor Mendoza es el mismo que ha asistido en su reciente trance, a Fabia Linde.

Otra vez Fabia se siente con una angustia indecible. Lo de ahora es más terrible que todo lo anterior. La alarma ha ganado a todos los servidores de la casa. Fabia está

inmóvil, con la cara pálida, cara de muerta, en su cama. Estaba hace media hora en el salón, y de pronto le ha dado un vahído y ha caído redonda al suelo. El médico se halla junto a la anciana. Y ahora el médico no sonrío, no es grave lo que tiene la anciana, pero es preciso que se cuide. Fabia abre los ojos un momento y mira en silencio al doctor... Ocho días más tarde, la anciana pasea lentamente por el huerto. Un criado acaba de traer una esquila; la esquila del doctor que la ha asistido.

La misma terrible escena -¿quién descifrará el misterio del azar?- se repite dos más. A mayor o menor distancia de una enfermedad de la débil Fabia, el médico que la ha asistido muere. Pero la anciana no puede estar sin asistencia; ella está muy débil; se siente morir cada mes o dos meses. Ahora, en esta angustia que le ha dado, ha ido a buscar a otro médico. El doctor que han llamado es un viejecito limpio, de cara afeitada; detrás de su puerta tiene clavada una herradura, y cuando en la mesa le piden la sal, él señala con la mano el salero, pero no lo da nunca a quien se lo pide. El viejecito, ante el mandadero de Fabia, ha movido la cabeza, ha sonreído y ha hecho un gesto expresivo - demasiado expresivo- con la mano extendida.

El médico que han ido a buscar a un pueblo inmediato conoce el caso de Fabia Linde y de sus médicos; pero él no es supersticioso; a él no le importa nada del misterio. Los médicos de Nebreda no han querido acudir al palacio. Un automóvil de la casa ha ido a traer al doctor forastero. El médico es joven, animoso, plétórico de vida. El automóvil está ya entrando por las calles de la ciudad. El médico no sabe lo que le ha dado de pronto. No es nada; es algo así como una sensación indefinible que experimentamos ante un hecho misterioso. No es nada, no es nada. Y, sin embargo, conforme va accediendo por las escaleras del palacio, diríase que el malestar indefinible de este mozo sano y robusto aumenta. Siente el médico oprimido el pecho; trata de sonreír de su propio malestar, y su sonrisa se malogra entre los labios. Diríase que este hombre ha entrado en una región misteriosa y que está respirando un ambiente -no terreno- que no ha respirado nunca. Sí, sí; es raro todo esto. Y otra vez la sonrisa fracasa al exteriorizarse. Se halla ya arriba, en el rellano de la escalera, el doctor. Y ahora, al transponer, el umbral del salón, sus pies han tropezado ligeramente, y por todo su cuerpo ha corrido un estremecimiento extraño, angustioso. Se ha detenido un segundo, y estaba pálido...